

je-, tampoco en Italia Suárez consiguió mejorar las expectativas españolas de cara a la CEE.

En términos generales, también los italianos —políticos de la oposición incluidos— dijeron sí a la candidatura española. De los problemas concretos se habló poco, lo cual no oculta la gravedad de los mismos. Italia es, y en mayor medida que Francia, competidora española en el terreno agrario, y los fondos comunitarios, especialmente alemanes, son los que sostienen a su agricultura: la entrada de España sería, por tanto, un grave problema —no hay que olvidar que han sido los italianos los que más dificultades han puesto a la hora de renovar el Acuerdo comercial—. También hay cuestiones pendientes en el terreno industrial: pero en esto los italianos no hacen sino coincidir con la mayoría de los miembros de la CEE, que exigen, como paso previo a la entrada, el fin de los aranceles proteccionistas para la industria que existen en España desde tiempo inmemorial. En el comunicado del Presidente Giscard, también se aludía al tema.

La visita al Papa, en su residencia de Castelgandolfo, podría haber sido el remate ideal de un viaje triunfante. Holanda, Dinamarca, Francia, Italia y el Vaticano. Pero cuando el presidente Suárez se entrevistó con Pablo VI, cualquier ilusión de que el viaje era un éxito ya se había disipado. Y sólo el consejo papal —“Tenga usted imaginación para encauzar las aspiraciones del pueblo”— tenía merecida trascendencia pública.

Porque tampoco cabía esperar avances sustanciales en el terreno del Concordato con la Santa Sede, hoy en fase de estudio y de análisis pormenorizado. Evidentemente, el jefe del Gobierno UCD habrá informado al Papa de las intenciones de su partido en materia religiosa, de la personalidad y objetivos de sus ministros de Asuntos Exteriores —al que ya conocía Pablo VI—, Justicia y Educación, que son las carteras decisivas en las relaciones con la Iglesia: los tres pertenecen a la esfera democristiana —los dos primeros al grupo Tácito— y eso cuenta. Pero cuenta en una negociación a fondo, no en un viaje del que, evidentemente, no se van a sacar resultados significativos.

Tras un incomprensible “salto” a Malta, que sólo podría justificarse si se entiende que el presidente trata de emular al brillantísimo Kissinger de sus mejores épocas, el señor Suárez

## Ceuta y Melilla como problema

**EL sábado 3 de septiembre se desarrollaba en Ceuta —casi simultáneamente que en San Sebastián, aunque bajo diferentes y opuestos conceptos— una manifestación autorizada para resaltar el carácter español de la plaza norteafricana. Durante toda la semana precedente, en TRIUNFO se habían estado recibiendo cartas, telegramas y llamadas expresándose en muy diversa forma sobre el innegable eco del artículo “Ceuta tiene miedo”, de Fernando González, que, juntamente con los ya aparecidos, “Gibraltar, una isla mediterránea”, “La guerra secreta de Melilla” y “Rota Go Home”, en el presente número, pretendía dar una llamada de atención sobre enclaves y puntos conflictivos del Estrecho y Norte de África.**

El diario ceutí “El Faro de Ceuta” ha dedicado sobrado espacio a insultar en el más arcaizante tono fascista a Fernando González, a TRIUNFO, y “a cierta prensa”. Numerosas cartas y tarjetas postales recibidas mantienen idéntico tono agresivo. No dan argumentos, simplemente agreden. Es esta una característica esencial del fascismo, lo que, entre otras motivaciones, viene a dar fe de la veracidad de las apreciaciones del artículo acerca de cierta “clase dirigente procedente del fascismo”. Términos como “mal parido”, “el tal González”, “Señores Gonzalillos y demás libelistas... ¿tienen alguna espina enconada? Tan agradecidos estáis a los moritos, tanto gusto os dan”, etcétera, dan una idea del nivel lexicográfico del único órgano de comunicación escrita de Ceuta. Otros escritos, más moderados —como el que firman 24 socialistas que se autodefinen como “clase media”—, se quejan de la escasa interpretación que se da, en dicho artículo, al problema social, negando, a su vez, el pretendido carácter colonialista. Finalmente, algunos caballas, con nombres y apellidos, han escrito y telefonado a TRIUNFO para solidarizarse con dicho reportaje. Una evidente falta de espacio impide recoger detalladamente la copiosa correspondencia sobre el tema.

El Centro de Hijos de Ceuta o Adolfo Espi Valero —en nombre de Acción por Ceuta— repudian el reportaje sin aportar argumentos de valor. Acción por Ceuta llega a afirmar: “Y, finalmente, agradecerle el que nos llame fascistas, porque con esta frase nos ha puesto muy claro por qué y para quién trabaja, conocemos de so-

bra la opinión de la II y III Internacionales Marxistas (sic) con respecto a nosotros, y, por tanto, no nos sorprende su artículo...”. Solamente una ausencia continuada de crítica —durante los largos años del franquismo— en las plazas africanas explica la inusitada reacción que el artículo ha provocado.

Si alguna duda hubiera sobre si Ceuta tiene miedo, ha quedado sobradamente despejada. El viernes 26 de agosto, tras numerosas comunicaciones en tono desabrido, hubo un aviso telefónico de que “una bomba había sido colocada en la Redacción”. De momento, todo quedó en un aviso. Sólo un miedo insuperable puede condicionar a determinados grupos a agredir sin razonar, a insultar sin leer detalladamente el artículo objeto de debate. El diario “El Faro de Ceuta” encabezó la agitación, obligando a que lectores inhabituales compraran ejemplares de TRIUNFO hasta agotarse. Se recogieron firmas, se activaron envíos de tarjetas y telegramas. E incluso se convocó una manifestación que posteriormente se extendió a la protesta contra los parlamentarios andaluces que se negaban a admitir en su asamblea a los de Ceuta y Melilla. Africa Gran, en “El Faro de Ceuta”, aseguraba: “Simplemente decirle (a Fernando González) que si viniera la que todos los ceutíes en estos momentos pensamos, seguramente podríamos adquirirla por algún cabaret de los existentes”. Su escrito, a modo de arenga, se encabezaba con un “Ceutíes: ...”, ampliamente significativo.

TRIUNFO tiene abiertas sus páginas —como inalterablemente ha demostrado, incluso en momentos difíciles— al diálogo y la polémica. Nunca al insulto o al desplante rabioso y grosero. El problema de Ceuta —como el de Melilla— no se va a resolver con esos desplantes airados, sino con diálogos democráticos. Una crítica abierta, a la que evidentemente no están acostumbrados los ceutíes —he aquí otra nota más del ambiente proteccionista con que han sido tratados, síntoma de un residuo colonial—, provoca reacciones temerosas. Con certeza se puede asegurar que el problema de Ceuta y Melilla es complejo si sus grupos de presión recurren a la agresividad como sistema. Mientras tanto, permanecen el “cien por cien” de los sueldos, el comercio, el chabolismo y la grifa, entre otros males endémicos. ■

tuvo que volver precipitadamente a Madrid, adelantando su regreso. La tensión política de la última semana le exigía urgente atención a los graves problemas interiores.

Y esto último podría ser casi la moraleja del viaje: más vale tratar de arreglar los problemas de casa que buscar en el exterior una popularidad que en casa no se consigue... y fuera tampoco. No se puede calificar de fracaso el periplo europeo de Suárez. Y mucho menos de éxito: sencillamente, ni lo uno ni lo otro esta-

ban previstos en el programa. La imagen del presidente moderno que cena en Amsterdam, desayuna en París y cena en Roma (con comunistas, además), que aparece siempre activo ante las cámaras de televisión —pero que necesita intérprete para hablar con Giscard—, era lo único pretendido. Pero el país es ya lo suficientemente maduro y tiene los suficientes problemas como para no dejar impresionarse por estos “movimientos tácticos”.

Lo que por último cabe señalar es que si los consejeros del

presidente Suárez creían que eran posibles otros objetivos en el terreno de las relaciones concretas, y durísimas, con la CEE, se equivocaban de parte a parte: y sin buscar otras fuentes, en ello insistía una parte de la prensa desde hacía tiempo. Se dice que Marcelino Oreja estaba enormemente preocupado por este hecho y por el sentido del viaje, un sentido que él no encontraba por ninguna parte. Pero, a lo mejor, los consejeros del presidente, sí. Lo cierto es que Oreja tenía razón. ■